

CULTURA E INCULTURACION EN EL DOCUMENTO DE SANTO DOMINGO

Sergio Silva G.*

Para aquilatar bien el alcance que tienen los temas de la cultura y la inculturación de la fe en las Conclusiones de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Documento de Santo Domingo, Octubre de 1992), hay que subrayar desde la partida que se encuentran enfáticamente situados por el Documento en un doble contexto que los integra, y en el que hay que ponerlos a la hora de comprenderlos. Por un lado, el contexto literario de la Nueva Evangelización y sus proyecciones tanto en la sociedad (Promoción humana) como en la cultura (Inculturación de la fe), contexto que es el que estructura el Documento de Santo Domingo (nn. 1.2, 22.4, 24.5, 31.2, 33.2, 45, 55.5, 58.3, 76.2, 84.3, 87, 97.1, 103, 276.2, 292, 302, 303, M 25); por otro, el contexto histórico dado por la continuidad expresa de Santo Domingo con las anteriores Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano (1, 301, M 4-5) particularmente con Medellín y Puebla (85.5, 179.1, 263, 290, 296, 302, 303. Con Puebla, en particular: 32, 36, 101, 114, 119.2, 125.4, 136.2, 140.4, 161, 166, 247, 255).

El estudio que presento parte de un análisis del texto de Santo Domingo centrado en los temas de la cultura y de la inculturación de la fe; el material mismo me ha sugerido una presentación en tres capítulos de muy desigual longitud: elementos teóricos, diagnóstico de la cultura y propuesta de inculturación de la fe.

1. ELEMENTOS TEORICOS

Al revés de Puebla, Santo Domingo no define lo que es la cultura (Cf. P 386-393). Dada la continuidad histórica con las Conferencias anteriores, parece suponer el concepto elaborado en Puebla.

Lo que más se acerca a una descripción del concepto de cultura está en los dos primeros números del capítulo 3 de la 2a. parte, el capítulo titulado "La

* Sacerdote de la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y María. Doctor en teología. Vice Decano y académico de la Facultad de Teología en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Chileno.

cultura cristiana". El primero es el único que hace directamente una afirmación sobre la cultura de tipo definitorio:

*Nace la cultura con el mandato inicial de Dios a los seres humanos: crecer y multiplicarse, llenar la tierra y someterla (cf. Gn 1,28-30). En esa forma la cultura es cultivo y expresión de todo lo humano en relación amorosa con la naturaleza y en la dimensión comunitaria de los pueblos (n. 228.2)*¹

La idea de cultura como cultivo de las relaciones que establece el ser humano aparece en algunos otros pasajes (cf. n. 255.1).

Indirectamente, se puede deducir el concepto de cultura a partir de otros párrafos. La cultura tiene que ver con el sentir común de un pueblo:

Así, podemos hablar de una cultura cristiana cuando el sentir común de la vida de un pueblo ha sido penetrado interiormente, hasta "situar el mensaje evangélico en la base de su pensar, en sus principios fundamentales de vida, en sus criterios de juicio, en sus normas de acción" (Juan Pablo II, Discurso Inaugural, 24) y de allí "se proyecta en el ethos del pueblo... en sus instituciones y en todas sus estructuras" (ib. 20) (n. 229.1).

En las citas del Discurso Inaugural del Papa en Santo Domingo se reconoce la descripción de la cultura de la *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI.

En otro pasaje, la cultura se vincula con el proyecto de cada pueblo, con su identidad (13.2). En esta misma línea, profundizando:

*Cada persona y cada grupo humano desarrolla su identidad en el encuentro con otros (alteridad). Esta comunicación es camino necesario para llegar a la comunión (comunidad). La razón es que el hombre ha sido hecho a la imagen de Dios Uno y Trino (n. 279.1)*².

-
1. Al citar Santo Domingo se coloca en el texto sólo el número del párrafo: cuando ese número tiene muchos párrafos separados por punto aparte, se numera de uno en adelante y se cita el párrafo, separado por punto. El texto recién citado es el párrafo 2 del no. 228. Cuando se cita el texto del Mensaje inicial, se antepone al número una "M").
 2. Ver también el n. 244, citado a continuación, en "La diversidad cultural de América Latina".

2. ELEMENTOS DE DIAGNOSTICO

Para ordenar el material referido al diagnóstico de la cultura en América Latina³, que se encuentra disperso en el Documento de Santo Domingo, me parece adecuado partir por la constatación de una cierta tensión en el Documento, entre la afirmación de la diversidad cultural latinoamericana y su unidad; unidad, a su vez, determinada sea por la presencia de la cultura moderna, sea por la persistencia de la síntesis mestiza lograda en la Colonia.

Un problema inicial: unidad o diversidad cultural en América Latina

La diversidad cultural de América Latina

Que América Latina es una región de gran diversidad cultural es afirmado expresamente en una serie de lugares:

América Latina y el Caribe configuran un continente multiétnico y pluricultural. En él conviven en general pueblos aborígenes, afroamericanos, mestizos y descendientes de europeos y asiáticos, cada cual con su propia cultura que los sitúa en su respectiva identidad social, de acuerdo con la cosmovisión de cada pueblo (...) (n. 244).

La Nueva Evangelización tiene que inculturarse más en el modo de ser y de vivir de nuestras culturas, teniendo en cuenta las particularidades de las diversas culturas, especialmente las indígenas y afroamericanas (n. 30)⁴

La afirmación de la diversidad cultural de América Latina se subentiende en otra serie de pasajes o se desprende de ellos. Se establece que hay que: "Procurar el fomento de las vocaciones que provengan de todas las culturas presentes en nuestras Iglesias particulares" (n. 80.3).

De pentecostés se dice que: "Manifiesta también la diversidad cultural de los fieles" (n. 228.1). Se hace mención expresa y repetida de las culturas indígenas y afroamericanas (SD 30, 84.3, 299, 302.4; las indígenas solas: 17, 80.3, M 38; las afroamericanas: 246); se habla de la cultura urbana⁵,

3. El Documento suele hablar de "América Latina y el Caribe"; por simplificar, hablaré normalmente de "América Latina".

4. Ver el comienzo del n. 252.1: "Aunque realidad pluricultural..."

5. n. 30, 255, 302.4. El tema de la urbanización aparece además en 253.7 y 298.

identificada una vez con la cultura "adveniente" (n. 30) y se describen las culturas moderna y postmoderna⁶

Sin embargo, a ratos parece primar una visión unificadora de la cultura, en dos variantes en principio contradictorias: América Latina tendría una cultura unitaria debido al mestizaje cultural de raíz cristiana o a la presencia predominante de la cultura occidental. Detengámonos un poco en estas dos afirmaciones.

América Latina, marcada por la cultura occidental

Hay textos que afirman muy taxativamente que en América Latina prevalece la cultura occidental moderna:

Aunque realidad pluricultural, América Latina y el Caribe está profundamente marcada por la cultura occidental, cuya memoria, conciencia y proyecto se presentan siempre en nuestro predominante estilo de vida común. De aquí el impacto que han producido en nuestro modo de ser la cultura moderna y las posibilidades que nos ofrece ahora su período postmoderno (n. 252.1)

En esta misma línea, el texto que sigue, que alude al carácter universal de la cultura moderna, aunque no termina de hacer la equivalencia entre cultura urbana y cultura moderna.

América Latina y el Caribe se encuentra hoy en un proceso acelerado de urbanización. La ciudad post-industrial no representa sólo una variante del tradicional hábitat humano, sino que constituye de hecho el paso de la cultura rural a la cultura urbana, sede y motor de la nueva civilización universal (n. 255.1)

Otro pasaje yuxtapone, como identificándolos, "los ambientes marcados por la cultura urbana" y "las nuevas formas de la cultura adveniente" (n. 30). Los obispos se declaran: "Conscientes de la extensión planetaria de la cultura actual" (n. 277). Y afirman que: "El desarrollo tecnológico en materia de comunicaciones, especialmente en la televisión (...) facilita a la sociedad en general una interrelación también planetaria" (n. 280.1).

Un texto más matizado parece tener conciencia de que la cultura occidental moderna -no nombrada pero sí aludida- está presente en América Latina sólo en algunos sectores: "Destinatarios de la Nueva Evangelización son también las

6. Ver a continuación "América Latina marcada por la cultura occidental y más adelante "Toma de posición: diagnóstico interpretativo y valorativo".

clases medias, los grupos, las poblaciones, los ambientes de vida y de trabajo, marcados por la ciencia, técnica y los medios de comunicación social" (n. 26.3)

América Latina, continente de cultura mestiza, de raíz cristiana

Hay una serie de textos que afirman con fuerza la presencia en América Latina de una cultura mestiza de raíz cristiana, cultura que sería la que unifica la diversidad cultural. Desde el inicio de la evangelización, hace 500 años,

la Palabra de Dios fecundó las culturas de nuestros pueblos, llegando a ser parte integrante de su historia(M 2).

El encuentro del catolicismo ibérico y las culturas americanas dió lugar a un proceso peculiar de mestizaje, que sin bien tuvo aspectos conflictivos, pone de relieve las raíces católicas así como la singular identidad del continente (n. 18.1).

Mirando la época histórica más reciente nos seguimos encontrando con las huellas vivas de una cultura de siglos, en cuyo núcleo está presente el Evangelio (n. 21.1).

Hablando de María, un párrafo dice de ella que "Pertenece tan profundamente a la identidad cristiana de nuestros pueblos" (n. 85.4), y remite a Puebla 283, donde se cita a Pablo VI cuando dice que la devoción a María es elemento cualificador e intrínseco de la genuina piedad de la Iglesia. El texto de Santo Domingo añade: "Esto es una experiencia vital e histórica de América Latina. Esta experiencia, lo señala Juan Pablo II, pertenece a la íntima 'identidad propia de estos pueblos" (n. 85.4).

Hablando de las mujeres dice que "Ellas han sido durante siglos 'el ángel custodio del alma cristiana del continente' (la cita es de una homilía de Juan Pablo II en Santo Domingo el 11 de Octubre de 1992) (n. 106.2).

En el Mensaje se dice que el encuentro con las "raíces cristianas y católicas comunes a nuestros países" dará a América Latina su unidad (M 45).

Otros textos más matizados restringen lo mestizo cristiano a sectores del pueblo latinoamericano, particularmente a las mayorías pobres:

Como lo ha señalado vigorosamente el Documento de Puebla, en los pueblos que son fruto del mestizaje racial se ha desarrollado una particular cultura "mestiza", donde está muy vigente la religiosidad popular, como forma inculturada del catolicismo (n. 247.1).

En las expresiones culturales y religiosas de campesinos y suburbanos se reconoce gran parte del patrimonio cristiano del continente y una fe arraigada de los valores del Reino de Dios (n. 247.2).

La religiosidad popular es una expresión privilegiada de la inculturación de la fe. No se trata sólo de expresiones religiosas sino también de valores, criterios, conductas y actitudes que nacen del dogma católico y constituyen la sabiduría de nuestro pueblo, formando su matriz cultural (n. 36, cf. ver también n. 250).

Conclusión

En los párrafos anteriores he presentado lo que parece ser una doble contradicción del texto de Santo Domingo en lo que se refiere a la unidad o pluralidad cultural de América Latina, y en el caso de la afirmación de la unidad, acaso ésta proviene del mestizaje colonial de raíz católica o de la cultura occidental moderna. Estas contradicciones podrían explicarse por el dinamismo de los procesos culturales. De hecho, América Latina está en transición entre una cultura mestiza -que no parece haber integrado plenamente las cultura indígenas y afroamericanas, que han sobrevivido con identidad propia- y la cultura moderna occidental en su fase actual, que tiende a imponerse en América Latina igual que en el mundo entero, pero sin lograr acabar aún con las culturas anteriores. Un párrafo del texto de Santo Domingo que apunta en esta línea: "La Nueva Evangelización tiene como finalidad (...) dar respuesta a la nueva situación que vivimos, provocada por los cambios sociales y culturales de la modernidad. Ha de tener en cuenta la urbanización, la pobreza y la marginación" (n. 26.1).

Rasgos culturales de América Latina: diagnóstico descriptivo

No es fácil hacer la distinción exacta entre las afirmaciones meramente descriptivas que hay en el texto de Santo Domingo y las que interpretan y valoran (que recojo en la sección siguiente). Pero vale la pena intentarlo, con el fin de clarificar el contenido cultural de Santo Domingo.

Los elementos de la descripción se pueden agrupar en dos, según se trate de rasgos presentados como positivos o como negativos. Pero antes de entrar en materia es necesario aclarar el vínculo de lo cultural con lo social, lo económico y lo político.

Lo cultural aparece como algo inseparable de lo social

Los obispos hacen una lista de "los males individuales y colectivos que lamentamos en América Latina" (n. 9.1). Se trata de males fundamentalmente sociales, económicos y políticos:

las guerras, el terrorismo, la droga, la miseria, las opresiones e injusticias, la mentira institucionalizada, la marginación de grupos étnicos, la corrupción, los ataques a la familia, el abandono de los niños y ancianos, las campañas contra la vida, el aborto, la instrumentalización de la mujer, la depredación del medio ambiente (n. 9.1)

Sin embargo, esa larga y negra lista termina con la siguiente frase: "en fin, todo lo que caracteriza una cultura de muerte" (n. 9.1).

Esos males de la sociedad aparecen, pues, como las características de una determinada cultura, que los obispos llaman "cultura de muerte". No hay hiato entre lo social (que implica lo económico y político) y lo cultural.

Otra manifestación de esta indisolubilidad de lo social y lo cultural la encontramos en esa firme y permanente vinculación -ya mencionada al comenzar este estudio- que establece el texto de Santo Domingo entre los tres elementos del tema de la convocatoria: la Nueva Evangelización debe llevar, en efecto, a la vez a la promoción humana, (el aspecto social) y a la evangelización de la cultura o inculturación de la fe (el aspecto cultural) (nn. 1.2, 22.4, 24.5, 31.2, 33.2, 45, 76.2, 84.3, 87, 103. En otros lugares los tres elementos aparecen simplemente yuxtapuestos, sin el nexo que los vincula: 55.5, 58.3, 97.1, 276.2, 292, 302, 303, M 25).

Me parece importante subrayar esto, porque se va haciendo frecuente en la Iglesia actual la contraposición entre la tarea doctrinal de la Iglesia (el anuncio, una y otra vez renovado, del Evangelio) y su compromiso social. O bien, cuando se acepta este compromiso, porque es innegable, se tiende a reducirlo al sólo espacio cultural, dejando de lado o muy en segundo plano la repercusión del Evangelio en las estructuras de la sociedad. El texto de Santo Domingo tiene claridad suficiente en este punto, y hace un llamado urgente a una transformación de las estructuras de las sociedades latinoamericanas, en nombre del Evangelio (cf. nn. 43, 98.1, 157, 179.5, 206, 296.2).

Los rasgos negativos de la cultura latinoamericana

Retomando uno de los pasajes más hermosos e impactantes de Puebla, los obispos hablan de esos "rostros sufrientes de los pobres" en los que invitan a

descubrir "el rostro del Señor" (n. 178.3). Entre esos rostros están: "los rostros humillados a causa de su propia cultura, que no es respetada y es incluso despreciada" (n. 178.3).

En esta misma línea, al hablar de los valores culturales, se detecta como un desafío pastoral el hecho de que "se cambia el sentido de la vida como conquista del fuerte sobre el débil, que propicia acciones de odio y destrucción, e impide la realización y crecimiento del hombre" (n. 234).

En estos rostros humillados por su cultura y en estos débiles avasallados por los fuertes, parece que hay que reconocer a los indígenas y afroamericanos, a los campesinos y a los pobladores pobres de las ciudades latinoamericanas. De hecho, los obispos reconocen expresamente que "las culturas afroamericanas (...) están marcadas por una constante resistencia a la esclavitud" (n. 246.1). Reconocen también que las religiones indígenas y afroamericanas han sido "durante mucho tiempo ignoradas o marginadas" (n. 137.1).

Detrás de estos problemas, como la fuente que los origina, los obispos detectan una actitud de desprecio a la vida: "La intolerancia política y el indiferentismo frente a la situación del empobrecimiento generalizado muestran un desprecio a la vida humana concreta que no podemos callar" (n. 167.1).

Un segundo rasgo negativo se detecta cuando los obispos hacen un listado de las interpelaciones que vienen de la realidad educativa latinoamericana. Hacia el final, se dice: "Nos interpela también la educación informal que se recibe a través de tantos comunicadores no propiamente cristianos, vgr. en televisión" (n. 267).

Un último rasgo negativo se da en el nivel propiamente religioso. Los obispos constatan, con preocupación, "la invasión de las sectas y propuestas religiosas de distintos orígenes" (n. 26.1). Se trata del auge de los nuevos movimientos religiosos, que van desde formas semicristianas, pasando por formas esotéricas y asiáticas, hasta llegar a las "empresas socio-religiosas(...)" que tienen objetivos ideológicos y políticos bien precisos " (n. 147.6) (y a los "centro de 'cura divina'" (n. 147.7).

Fenomenológicamente se trata de hechos socio-culturales protagonizados por sectores marginados y también capas medias y pudientes en América Latina, que a través de formas religiosas generalmente sincréticas logran expresar su identidad y anhelos humanos. Desde el punto de vista de la fe católica, estos fenómenos pueden ser considerados como signos de los tiempos, y también como advertencia de que existen ambientes humanos

donde la Iglesia está ausente y debe replantear su acción evangelizadora (n. 147.1).

Otros rasgos negativos, esta vez propios de la modernidad, son el secularismo y el indiferentismo (n. 153). sobre el primero tenemos que volver al tratar de la toma de posición ante la modernidad (a continuación, en la siguiente sección).

Algunos rasgos positivos de la cultura latinoamericana

En un párrafo que habla de la necesidad de dar respuesta a la nueva situación que vivimos -respuesta que ha de ser una Nueva Evangelización-, los obispos señalan rápidamente algunos de sus rasgos positivos: "Esta situación nueva trae consigo también nuevos valores, el ansia de solidaridad, de justicia, la búsqueda religiosa y la superación de ideologías totalizantes" (n. 26.2).

Con más fuerza, el texto de Santo Domingo señala los valores positivos de las culturas indígenas y afroamericanas: "Los pueblos indígenas, habitantes originarios de estas tierras, (son) poseedores de innumerables riquezas culturales, que están en la base de nuestra cultura actual" (M 38).

Estas riquezas las detalla el texto del Documento:

Tales culturas ofrecían en su base, junto a otros aspectos necesitados de purificación, aspectos positivos como la apertura a la acción de Dios, el sentido de la gratitud por los frutos de la tierra, el carácter sagrado de la vida humana y la valoración de la familia, el sentido de solidaridad y la corresponsabilidad en el trabajo común, la importancia de lo cultural, la creencia en una vida ultraterrena y tantos otros valores que enriquecen el alma latinoamericana (n. 17).

En cuanto a los pueblos afroamericanos, ya he recordado el pasaje que habla de ellos como marcados por una constante resistencia a la esclavitud; el texto sigue: "Estos pueblos, que suman millones de personas, tienen también en sus culturas valores humanos que expresan la presencia del Dios creador" (n. 246.1).

Por último, también la cultura mestiza presenta rasgos positivos, sobre todo son valiosas las expresiones de su religiosidad popular (n. 247.1).

Toma de posición: diagnóstico interpretativo y valorativo

Las frases que expresan la valoración e interpretación de las culturas se refieren, en el texto de Santo Domingo, casi exclusivamente a la cultura moderna, urbana, adveniente.

Hay párrafos que intentan una caracterización pormenorizada de esta cultura:

La cultura moderna se caracteriza por la centralidad del hombre; los valores de la personalización, de la dimensión social y de la convivencia; la absolutización de la razón, cuyas conquistas científicas y tecnológicas e informáticas han satisfecho muchas de las necesidades del hombre, a la vez que han buscado una autonomía frente a la naturaleza, a la que domina; frente a la historia, cuya construcción él asume; y aun frente a Dios, del cual se desinteresa o relega a la conciencia personal, privilegiando al orden temporal exclusivamente (n. 252.2).

Más adelante se describe también la cultura urbana, claramente identificada con la cultura de la modernidad:

En ella (la cultura urbana) se altera la forma con la cual en un grupo social, en un pueblo, en una nación, los hombres cultivan su relación consigo mismos, con los otros, con la naturaleza y con Dios (n. 255.1). En la ciudad, las relaciones con la naturaleza se limitan casi siempre, y por el mismo ser de la ciudad, al proceso de producción de bienes de consumo. Las relaciones entre personas se tornan ampliamente funcionales y las relaciones con Dios pasan por una acentuada crisis, porque falta la mediación de la naturaleza tan importante en la religiosidad rural y porque la misma modernidad tiende a cerrar al hombre dentro de la inmanencia del mundo. Las relaciones del hombre urbano consigo mismo también cambian, porque la cultura moderna hace que principalmente valore su libertad, su autonomía, la racionalidad científico-tecnológica y, de modo general, su subjetividad, su dignidad humana y sus derechos. Efectivamente, en la ciudad se encuentran los grandes centros generadores de la ciencia y tecnología moderna (n. 255.2). A su vez, el hombre urbano actual presenta un tipo diverso del hombre rural: confía en la ciencia y en la tecnología; está influido por los grandes medios de comunicación social; es dinámico y proyectado hacia lo nuevo; consumista, audiovisual, anónimo en la masa y desarraigado (n. 255.4. Ver también n. 253.7).

Otros pasajes parecen reducir la modernidad a la "cultura de la imagen" (nn. 29.2, 279.4), en referencia a los nuevos medios electrónicos, que parecen referirse en primer término a la televisión. A propósito de estos medios, los obispos afirman: "Le damos gracias a Dios por este nuevo don que nos ha dado en la cultura actual" (n. 279.4). A continuación detallan sus peligros (n. 280. cf. 253.5).

De la modernidad subrayan sus rasgos negativos: materialismo, hedonismo y consumismo. por un lado, secularismo por otro. "Nuestra situación está marcada por el materialismo" (n. 26.1).

El hedonismo y el consumismo -juntos con el secularismo- "invaden la cultura moderna" (n. 44). En el contexto de la pastoral vocacional se dice "El contagio de una sociedad 'permissiva' y consumista no favorece una vida de austeridad y sacrificio" (n. 79.2). "Se difunde una mentalidad y un estilo de vida consumistas y egoístas, ampliamente divulgados por los medios de comunicación social" (n. 199.2).

Desde los medios de comunicación social se impone "una cultura que estimula el hedonismo y consumismo" (n. 280.2). Ya ha quedado citado más arriba el rasgo consumista del hombre urbano.

En cuanto al secularismo propio de la modernidad, éste aparece a menudo. A veces está solamente mencionado (nn. 44, 53, 72.2, 83.4, 217, 239, 280).., aunque frecuentemente en un contexto en que aparece como el gran enemigo de la Iglesia hoy. Un pasaje lo describe ampliamente como una modalidad de la no-creencia: "(El secularismo) niega a Dios, o porque sostiene que todas las realidades se explican por sí solas sin recurrir a Dios, o porque se considera a Dios enemigo, alienante del hombre" (n. 153.2).

Ahí mismo se lo distingue cuidadosamente del proceso de secularización, "El cual sostiene legítimamente que las realidades materiales de la naturaleza y del hombre son en sí 'buenas' y sus leyes deben ser respetadas y que la libertad es para la autorrealización humana y es respetada por Dios (cf. GS 36)" (n. 153.2).

Una vez el secularismo es vinculado con la técnica: "Generalmente desde los criterios secularistas nos piden que busquemos al hombre técnico, al hombre apto para dominar su mundo y vivir en un intercambio de bienes producidos bajo cierta normas políticas, las mínimas" (n. 266.2).

En definitiva, el problema del secularismo -como del indiferentismo- es que: "minan la moral porque dejan el comportamiento humano sin fundamento

para su valor ético, y por eso caen fácilmente en el relativismo y el permisivismo que caracterizan a la sociedad de hoy" (n. 154.3). Entre los desafíos pastorales de la cultura moderna están, en esta línea, "El vacío ético y el individualismo reinante, que reducen la fundamentación de los valores a meros consensos sociales subjetivos" (n. 253.4).

Aunque sin mencionar el secularismo, un texto parece aludir inequívocamente a él:

Puesto que estamos ante "una crisis cultural de proporciones insospechadas" (Juan Pablo II, Discurso Inaugural, 21) en la cual van desapareciendo valores evangélicos y aun humanos fundamentales, se presenta a la Iglesia un desafío gigantesco para una Nueva Evangelización(..) (n. 230.1).

Lo mismo, la frase que señala el "cerrarse el hombre moderno a la trascendencia" (253.1).

Sorprende la visión positiva que se tiene de la postmodernidad: "La postmodernidad es el resultado del fracaso de la pretensión reduccionista de la razón moderna, que lleva al hombre a cuestionar tanto algunos logros de la modernidad como la confianza en el progreso indefinido(...)" (n. 252.3).

A continuación se dice que la postmodernidad es "espacio abierto a la trascendencia" (n. 252.4).

Ciertamente no es éste el sentido que tiene el concepto de postmodernidad en la discusión actual⁷. Al entenderlo así, el texto de Santo Domingo se pone - ¿consciente y deliberadamente?- al margen de la sociedad y la cultura reales.

Finalmente, la negatividad de la cultura actual se condensa en la lapidaria expresión que ya hemos encontrado, "cultura de la muerte" (cf. nn. 9.1, 26.1, 219.1, M 40)., sentida incluso como una realidad creciente (n. 235). Sus rasgos son la mentalidad antívvida que lleva a las campañas anticonceptivas (nn. 219.1 y 2) y al aborto y a:

la eliminación de niños apenas nacidos y de los ancianos y enfermos estimados como inútiles, defectuosos o "carga" para la sociedad. Otras expresiones de la anticultura de la muerte son la eutanasia, la guerra, la guerrilla, el secuestro, el terrorismo, el narcotráfico (n. 219.3)

⁷. Me permito remitir a mi trabajo sobre el tema en el artículo "Modernidad" en *Breve Diccionario Teológico Latinoamericano*, Santiago de Chile, Rehue, 1992, 189-209.

En el texto ya citado de 9.1, la cultura de muerte abarca más aspectos.

Queda por preguntarse por las causas últimas de esta situación. Detrás de esta negatividad los obispos señalan la presencia del pecado:

Reconocemos la dramática situación en que el pecado coloca al hombre . Porque el hombre creado bueno, a imagen del mismo Dios, señor responsable de la creación, al pecar ha quedado enemistado con El, dividido en si mismo, ha roto la solidaridad con el prójimo y destruido la armonía de la naturaleza. Ahí reconocemos el origen de los males individuales y colectivos que lamentamos en América Latina, las guerras, (...), en fin, todo lo que caracteriza una cultura de muerte (n. 9.1).

La Iglesia defiende los auténticos valores culturales de todos los pueblos, especialmente de los oprimidos, indefensos y marginados, ante la fuerza arrolladora de las estructuras de pecado manifiestas en la sociedad moderna (n. 243.3).

Para dar cuenta cabal de la negatividad actual de la cultura en América Latina no basta con reconocer el pecado presente en la modernidad. De hecho, los mismos obispos reconocen la presencia de una raíz cristiana en las culturas nuestras. ¿Por qué es esta raíz impotente ante la invasión de los males de la modernidad? Porque los cristianos latinoamericanos - nos dicen los obispos- no son plenamente cristianos:

Se comprueba que la mayor parte de los bautizados no han tomado aún conciencia plena de su pertenencia a la Iglesia. Se sienten católicos, pero no Iglesia. Pocos asumen los valores cristianos como un elemento de su identidad cultural y por lo tanto no sienten la necesidad de un compromiso eclesial y evangelizador. Como consecuencia, el mundo del trabajo, de la política, de la economía, de la ciencia, del arte, de la literatura y de los medios de comunicación social no son guiados por criterios evangélicos. Así se explica la incoherencia que se da entre la fe que dicen profesar y el compromiso real en la vida (n. 96.1).

Se observa en nuestra realidad social el creciente desajuste ético-moral, en especial la deformación de la conciencia, la ética permisiva y una sensible baja del sentido de pecado (n. 232).

(Hay una) ruptura entre fe y cultura, consecuencia de cerrarse el hombre moderno a la trascendencia, de la excesiva especialización que impide la visión de conjunto (n. 253.1).

(Se constata finalmente) el divorcio existente entre el Evangelio y la cultura (n. 267).

Reflexión crítica a manera de conclusión

El diagnóstico que he tratado de sistematizar en este capítulo deja insatisfecho. Claramente le falta al texto el apoyo de una teoría sólida de la cultura, que permita integrar orgánicamente las percepciones culturales de los pastores. Se pueden detectar rastros no bien integrados de diversas teorías, que llevan a diagnosticar de manera también diversa: mestizaje cultural de raíz cristiana, modernidad adveniente, postmodernidad como superación de la modernidad, modernidad secularista, modernidad como urbanización de la vida.

Es probable que los obispos reunidos en Santo Domingo se hayan dado cuenta de esta carencia. Porque al menos en dos oportunidades el texto trata de justificar la mirada que echan sobre la realidad: es la mirada del pastor comprometido con su pueblo, compadecido de su miseria. Los textos son hermosos, describen un ideal atractivo de pastor:

Grandes mayorías de nuestros pueblos padecen condiciones dramáticas en sus vidas. Así lo hemos comprobado en las diarias tareas pastorales, y lo hemos expresado con claridad en muchos documentos. Así cuando sus dolores nos apremian, resuena en nuestros oídos la palabra que dijo Dios a Moisés: "He visto la aflicción de mi pueblo, he oído sus gritos de dolor. Conozco muy bien sus sufrimientos. Por eso he bajado para hacerlo subir a la tierra espaciosa y fértil" (Ex 3,7-8) (M 7). Esas condiciones podrían cuestionar nuestra esperanza. Pero la acción del Espíritu Santo nos proporciona un motivo vigoroso y sólido para esperar: la fe en Jesucristo, muerto y resucitado, quien cumple su promesa de estar con nosotros siempre (cf. Mt 28,20). Esta fe nos lo muestra atento y solícito a toda necesidad humana. Nosotros buscamos realizar lo que El hizo y enseñó: asumir el dolor de la humanidad y actuar para que se convierta en camino de redención (M 8).

A nosotros los pastores nos conmueve hasta las entrañas el ver continuamente la multitud de hombres y mujeres, niños y jóvenes y ancianos que sufren el insoportable peso de la miseria así como diversas formas de exclusión social, étnica y cultural; son personas humanas concretas e irrepetibles, que ven sus horizontes cada vez más cerrados y su dignidad desconocida (n. 179.1). Miramos el empobrecimiento de nuestro pueblo no sólo como un fenómeno social, registrado y cuantificado por las ciencias sociales. Lo miramos desde dentro de la experiencia de mucha gente con la que compartimos, como pastores, su lucha cotidiana por la vida (n. 179.2).

No pretendo negar la validez de esa mirada de pastor. Es la que corresponde cuando se trata de acompañar a las personas reales en su vida de todos los días. Pero cuando se trata de comprender lo que ocurre, para proponer una transformación de la sociedad y la cultura que producen tantos males, se requiere también de la mirada lúcida del pensador social y cultural. Esa mirada está, casi estruendosamente, ausente del texto de Santo Domingo; a lo más se encuentran, como he señalado ya, fragmentos sugerentes de diversas teorías, sin integración orgánica en una mirada global. Y esto no puede dejar de tener consecuencias a la hora de proponer vías para la acción de los cristianos de América Latina.

3. LA PROPUESTA CULTURAL

Los párrafos de Santo Domingo en que se proponen líneas orientadoras respecto de la cultura se pueden ordenar fácilmente en dos rubros: unos textos proponen un ideal para la cultura, mientras que los otros exponen la tarea de la Iglesia respecto de la cultura y los medios con que ella cuenta para realizarla.

El ideal propuesto para la cultura

No son muchos los lugares en que el texto de Santo Domingo habla de la cultura proponiendo un ideal. Encontramos en ellos dos cosas: una transformación de la fórmula de la convocatoria y algunas otras breves formulaciones diferentes del ideal.

La "cultura cristiana" escamoteada

Desde la convocatoria oficial de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, el 12 de Diciembre de 1990, el Papa puso como tercer tema el de la "cultura cristiana" -junto a la Nueva Evangelización y a la Promoción Humana-, cambiando la formulación anterior propuesta por el CELAM, que hablaba de "Una Nueva Evangelización para una nueva cultura"⁸. En el texto de Santo Domingo encontramos "la cultura cristiana" en los títulos de la portada y del tercer capítulo de la 2a. parte, y en sólo nueve pasajes, en tres de los cuales no pasa de ser una mera repetición del título (nn. 31.2, 45, 97.1). Otros dos aluden a una afirmación de Juan Pablo II en el n. 25 de su Discurso Inaugural sobre el anuncio de Jesucristo muerto y resucitado, que es "raíz de toda Evangelización, fundamento de toda promoción humana y principio de toda auténtica cultura cristiana"⁹. En ambos lugares, sin embargo, la alusión

⁸. Ese es el título del Instrumento Preparatorio, entregado por el CELAM a los episcopados en febrero de 1990.

⁹. Citado textualmente en 33.2, con ligeras variantes en 24.5

deja fuera el final de la frase del Papa: esta cultura cristiana: "nao pode deixar de ser a cultura da resurreiçao e da vida, vivificada pelo sopro do Espírito de Pentecostes".

Los cuatro pasajes restantes explicitan algo más en qué consiste esta cultura cristiana: "Toda Evangelización ha de ser, por tanto, inculturación del Evangelio. Así toda cultura puede llegar a ser cristiana, es decir, a hacer referencia a Cristo e inspirarse en El y en su mensaje" (n. 13.2). (El texto alude luego a un Discurso de Juan Pablo II a la 2a. Asamblea Plenaria de la Pontificia Comisión para América Latina el 14 de junio de 1991. Y continúa:) "Jesucristo es, en efecto, la medida de toda cultura y de toda obra humana (n. 13.2). (El resto de ese número se refiere sólo a la inculturación del Evangelio).

A partir de la Nueva Evangelización (...) enfocaremos el desafío del diálogo entre el Evangelio y los distintos elementos que conforman nuestras culturas para purificarlas y perfeccionarlas desde dentro, con la enseñanza y el ejemplo de Jesús, hasta llegar a una Cultura Cristiana (n. 22.4).

Por nuestra adhesión radical a Cristo en el bautismo nos hemos comprometido a procurar que la fe, plenamente anunciada, pensada y vivida, llegue a hacerse cultura. Así, podemos hablar de una cultura cristiana cuando el sentir común de la vida de un pueblo ha sido penetrado interiormente, hasta "situar el mensaje evangélico en la base de su pensar, en sus principios fundamentales de vida, en sus criterios de juicio, en sus normas de acción" (Juan Pablo II, Discurso Inaugural, 24) y de allí "se proyecta en el ethos del pueblo.. en sus instituciones y en todas sus estructuras" (ib. 20) (n. 229.1) (El párrafo siguiente continúa:) Esta evangelización de la cultura, que la invade hasta su núcleo dinámico, se manifiesta en el proceso de inculturación (...) (n. 229.2).

"La educación es la asimilación de la cultura. La educación cristiana es la asimilación de la cultura cristiana. Es la inculturación del Evangelio en la propia cultura" (263.2)

Podemos concluir que el texto de Santo Domingo ha hecho equivaler "cultura cristiana" con el resultado de la evangelización de la cultura, que es - para Santo Domingo- la inculturación del Evangelio¹⁰. No es, por tanto, un

¹⁰. Esto se comprueba al leer los siguientes números que, donde cabía esperar "cultura cristiana", porque se está parafraseando el título del tema de la Conferencia, dicen: "impregne con la luz del Evangelio las culturas de los pueblos latinoamericanos" (n. 1.2); "la inculturación de la fe" (n. 55.5, 58.3); "Vaya generando una cultura de solidaridad" (n.76.2); "la inculturación del Evangelio" (n. 84.3, 87); "llega a informar todo el ámbito de la cultura con la fuerza del

ideal cultural "profano", por así decir, que pudiera ser compartido por los no creyentes. Es lo que subraya la frase del Papa no citada por Santo Domingo: Esta cultura cristiana está vivificada por el sople del Espíritu de Pentecostés. (Juan Pablo II, Discurso Inaugural, 25).

Otras formulaciones del ideal para la cultura

Los obispos proponen una cultura de la solidaridad (n. 76.2), de la reconciliación y la solidaridad (n. 77.5, 204.3), del trabajo y la solidaridad (183.1), una cultura de vida (116). Pero no desarrollan sus contenidos.

La preocupación de la Iglesia frente a la cultura: evangelizar las culturas e inculturar el Evangelio

Ya hemos visto que, en definitiva, el ideal de una "cultura cristiana" no recubre en Santo Domingo otra cosa que la tarea de la Iglesia de Evangelizar las culturas y de inculturar en ellas el Evangelio. Exploremos qué se entiende en el texto de Santo Domingo por estas expresiones.

La Evangelización de la(s) cultura(s)

El texto de Santo Domingo no habla mucho de evangelización de las culturas. Los textos más explícitos son diez.

Aludiendo a la Carta de Juan Pablo II a los religiosos de América Latina del 29 de Junio de 1990, un número de Santo Domingo hace una lista de los principales desafíos que el Papa plantea a los religiosos; entre ellos:

Estar a la vanguardia de la Evangelización de las culturas (n. 91.2).

La falta de formación doctrinal y de profundidad en la vida de la fe hace de muchos católicos presa fácil del secularismo, el hedonismo y el consumismo que invaden la cultura moderna y, en todo caso, los hace incapaces de evangelizarla (n. 44).

La venida del Espíritu Santo en Pentecostés (cf. Hch 2, 1-11) pone de manifiesto la universalidad del mandato evangelizador: pretende llegar a toda cultura (n. 228.1).

Esta evangelización de la cultura, que la invade hasta su núcleo dinámico, se manifiesta en el proceso de inculturación (n. 229.2). (En esta misma línea, un párrafo que, entre los desafíos pastorales que se suscitan ante la cultura moderna, anota:) *Escasa conciencia de la necesidad de una*

Resucitado" (n. 103); "diálogo entre el Evangelio y las culturas" (n. 276.2); "una evangelización inculturada" (nn. 292, 302.4, 303.5 y el títulos antes del n. 298).

*verdadera inculturación como camino hacia la evangelización de la cultura (n. 253.2)*¹¹.

María, que es modelo de la Iglesia, también es modelo de la evangelización de la cultura. Es la mujer judía que representa al pueblo de la Antigua Alianza con toda su realidad cultural. Pero se abre a la novedad del Evangelio (n. 229.3).

Nuestros compromisos en el campo educativo se resumen sin lugar a dudas en la línea pastoral de la inculturación: la educación es la mediación metodológica para la evangelización de la cultura (n. 271).

(La labor de los teólogos) puede contribuir a la inculturación de la fe y la evangelización de las culturas (n. 33.4).

(Tanto la modernidad como la postmodernidad) presentan serios desafíos a la evangelización de la cultura (n. 252.4).

Los carismas de las Ordenes y Congregaciones religiosas, puestos al servicio de la educación católica en las diversas Iglesias particulares de nuestro Continente, nos ayudan muchísimo para cumplir con el mandato recibido del Señor de ir a enseñar a todas las gentes (Aft 28, 18-20), especialmente en la Evangelización de la cultura (n. 275).

Podemos concluir que, en el texto de Santo Domingo, evangelización de la cultura no es sino otra expresión para designar la inculturación del Evangelio.

La inculturación del Evangelio y de la fe

Hagamos una primera exploración sobre el uso del término "inculturación" en Santo Domingo.

En algunos pasajes se habla simplemente de inculturación, sin precisar qué es lo que se incultura (cf. nn. 102.3, 177.4, 229.2, 243.2, 253.2, 254.5, 271). Pero el contexto hace ver que se trata del Evangelio. La mayoría de los textos habla de la inculturación del Evangelio (cf. nn. 13.2, 24.5, 30, 49, 53, 84.3, 87, 128.4, 230.1, 230.2, 250, 256, 263.2, 279.4, M 32) o de una evangelización inculturada (cf. nn. 15, 292.3, 302.4, 303.5)¹². Otros textos hablan de inculturación de la fe (cf. nn. 33.4, 55.5, 58.3, 230.2), de la Iglesia (cf. n. 248.7) y de la liturgia (cf. nn. 43, 248.4. Ver nn. 53, 254.3).

En esos textos, la inculturación aparece como sinónimo de otros términos o muy vinculada a ellos; se pueden distribuir en tres grupos de palabras, que

11. En este pasaje, la inculturación aparece como medio para la evangelización de la cultura, mientras que en todos los demás es el resultado de dicha evangelización. El contexto en que está esa afirmación me hace pensar que lo que se tiene en vista al hablar de inculturación es la adaptación de los agentes pastorales al medio que evangelizan.

12. Ver el título antes del n. 298.

representan los tres tiempos del proceso de inculturación: primero, discernimiento de la cultura (nn. 254.5, 256. Ver nn. 87, 230.2, 248.4), diálogo e interpelación (n. 24.5. Ver. nn. 22.4, 276.2); luego encarnación (n. 13.2, 30, 229.2, 2301.1, 230.2, 243.2, 302.4, 303.5, M 32), presencia efectiva (nn. 177.4, 243.2, 254.3), inserción (n. 13.2), por último, expresión y reexpresión (nn. 256, 179.4)¹³.

En cuanto a la idea misma de inculturación, se señalan tres aspectos principales: está fuertemente vinculada con el proyecto de la Nueva Evangelización, tiene una capacidad de purificar las culturas, y se precisa finalmente su sujeto propio, quién la ha de llevar a cabo. Detengámonos un momento en cada uno de estos aspectos.

La inculturación aparece en Santo Domingo en estrecha vinculación con la tarea de la Nueva Evangelización:

Puesto que estamos ante "una crisis cultural de proporciones insospechadas" (Juan Pablo II, Discurso Inaugural, 21) en el cual van desapareciendo valores evangélicos y aun humanos fundamentales, se presenta a la Iglesia un desafío gigantesco para una nueva evangelización, al cual se propone responder con el esfuerzo de la inculturación del Evangelio (n. 2301.1).

Esta evangelización de la cultura, que la invade hasta su núcleo dinámico, se manifiesta en el proceso de inculturación, al que Juan Pablo II ha llamado "centro, medio y objetivo de la Nueva Evangelización" (Discurso al Consejo Internacional de Catequesis, 26.9.92) (n. 229.2).

Hablando del compromiso de la Nueva Evangelización, el Mensaje inicial dice:

Debemos alentar una evangelización que penetre en las raíces más hondas de la cultura común de nuestros pueblos, teniendo una especial preocupación por la creciente cultura urbana. Nos ha merecido una particular atención ocuparnos de una auténtica encarnación del Evangelio en las culturas indígenas y afroamericanas de nuestro continente. Para toda esta inculturación del Evangelio es muy importante desarrollar una eficaz acción educativa y utilizar los medios modernos de comunicación (M 32).

¹³. Ver la frase antes del n. 298.

Sin embargo, los obispos saben que la inculturación del Evangelio no es sólo una necesidad de la Nueva Evangelización. Es algo propio de todo proceso de auténtica evangelización.

Hablando de Jesucristo, un párrafo, luego de decir que es "la perfecta revelación del hombre al propio hombre"¹⁴, como ha afirmado la *Gaudium et Spes*, añade:

Jesucristo se inserta en el corazón de la humanidad e invita a todas las culturas a dejarse llevar por su Espíritu hacia la plenitud, elevando en ellas lo que es bueno y purificando lo que se encuentra marcado por el pecado. Toda evangelización ha de ser, por tanto, inculturación del Evangelio (n. 13.2)

Sabemos que nos encontramos en la nueva cultura de la imagen, y que el Mensaje evangélico debe inculturarse en esta cultura y llegar así a hacerla expresiva de Cristo, la máxima comunicación (279.4).

Detrás de esta vinculación entre evangelización e inculturación, como su fundamento, está la encarnación de Jesús, "Evangelio del Padre" (n. 27.1)¹⁵

Sabemos que, en virtud de la encarnación, Cristo se ha unido en cierto modo a todo hombre (cf. GS 22(...). Jesucristo se inserta en el corazón de la humanidad e invita a todas las culturas a dejarse llevar por su Espíritu hacia la plenitud (...)) (n. 13.2)

Cuando Jesucristo, en la encarnación, asume y expresa todo lo humano, excepto el pecado, entonces el Verbo de Dios entra en la cultura (n. 228.3)

(Jesucristo) se encarnó en la cultura de su pueblo (n. 228.3), asumió las condiciones sociales y culturales de los pueblos (n. 243.1).

La analogía entre la encarnación y la presencia cristiana en el contexto socio-cultural e histórico de los pueblos nos lleva al planteamiento teológico de la inculturación (n. 243.2).

Un segundo elemento fuertemente subrayado de la inculturación es su carácter purificador de las culturas. Esto tiene que ver con la idea del discernimiento cultural, que recién encontrábamos vinculada con la de inculturación.

A partir de la Nueva Evangelización (...) enfocaremos el desafío del diálogo entre el Evangelio y los distintos elementos que conforman nuestras culturas para purificarlas y perfeccionarlas desde dentro, con la

¹⁴. Esta idea se repite en 13.2, 231.1, 266.1.

¹⁵. Y título de la 1a. parte del Documento.

enseñanza y el ejemplo de Jesús, hasta llegar a una Cultura Cristiana (n. 22.4)

La inculturación del Evangelio es un imperativo del seguimiento de Jesús y necesaria para restaurar el rostro desfigurado del mundo (cf. LG 8). Es una labor que se realiza en el proyecto de cada pueblo, fortaleciendo su identidad y liberándolo de los poderes de la muerte (n. 13.2)

La fe, al encarnarse en (las) culturas, debe corregir sus errores y evitar sincretismos (n. 230.2).

A propósito de las culturas precolombinas, en cuyo seno -dice Santo Domingo- había semillas del Verbo, se dice: "Tales culturas ofrecían en su base, junto a otros aspectos necesitados de purificación, aspectos positivos como (...)" (n. 17).

Como ha quedado insinuado en el primero de los textos arriba citados, el que purifica las culturas es Jesús mismo, mediante su Espíritu: "Jesucristo se inserta en el corazón de la humanidad e invita a todas las culturas a dejarse llevar por su Espíritu hacia la plenitud, elevando en ellas lo que es bueno y purificando lo que se encuentra marcado por el pecado" (n. 13.2).

El, que se encarnó en la cultura de su pueblo, trae para cada cultura histórica el don de la purificación y de la plenitud. Todos los valores y expresiones culturales que puedan dirigirse a Cristo promueven lo auténticamente humano. Lo que no pasa por Cristo no podrá quedar redimido (n. 228.3)

Otros pasajes de esos mismo dos números recién citados destacan otro aspecto, más valorativo y no tanto transformador como el recién señalado, de la relación de Cristo con las culturas: se trata de la idea de que "Jesucristo es (...) la medida de toda cultura y de toda obra humana" (n. 13.2). "Cuando Jesucristo, en la encarnación, asume y expresa todo lo humano, excepto el pecado, entonces el Verbo de Dios entra en la cultura. Así Jesucristo es la medida de todo lo humano y por tanto también de la cultura" (n. 228.3).

Junto con la purificación -que es lo que se ha subrayado en los textos hasta aquí- está también la defensa y elevación de lo positivo de las culturas. Ya hemos visto que se habla de perfeccionar las culturas desde dentro (n. 22.4) y de fortalecer la identidad de cada pueblo (13.2). Un texto da un paso más y habla de la defensa de los valores, en un contexto en que se usa -una de las muy pocas veces en Santo Domingo- la palabra "liberación":

Una meta de la evangelización inculturada será siempre la salvación y liberación integral de un determinado pueblo o grupo humano, que

fortalezca su identidad y confíe en su futuro específico, contraponiéndose a los poderes de la muerte, adoptando la perspectiva de Jesucristo encarnado, que salvó al hombre desde la debilidad, la pobreza y la cruz redentora. La Iglesia defiende los auténticos valores culturales de todos los pueblos, especialmente de los oprimidos, indefensos y marginados, ante la fuerza arrolladora de las estructuras de pecado manifiestas en la sociedad moderna (n. 243.3)

En la misma línea está un número de la sección "Promoción humana de las etnias":

Para una auténtica promoción humana, la Iglesia quiere apoyar los esfuerzos que hacen estos pueblos para ser reconocidos como tales por la leyes nacionales e internacionales, con pleno derecho a la tierra, a sus propias organizaciones y vivencias culturales, a fin de garantizar el derecho que tienen de vivir de acuerdo con su identidad, con su propia lengua y sus costumbres ancestrales, y de relacionarse con plena igualdad con todos los pueblos de la tierra (n. 251.1)

El fundamento teológico del respeto, aprecio y defensa de los auténticos valores culturales de los pueblos es la conciencia de que son fruto de una acción de Dios, son expresión de las "semillas del Verbo": "La acción de Dios, a través de su Espíritu, se da permanentemente en el interior de todas las culturas" (243.1).

Los pueblos indígenas de hoy cultivan valores humanos de gran significación (...). Estos valores y convicciones son fruto de "las semillas del Verbo" que estaban ya presentes y obraban en sus antepasados para que fueran descubriendo la presencia del Creador en todas sus criaturas: el sol, la luna, la madre tierra, etc. (n. 245.1).

Entre las líneas pastorales que proponen los obispos para el diálogo con las religiones no cristianas, está la siguiente:

Buscar ocasiones de diálogo con las religiones afroamericanas y de los pueblos indígenas, atentos a descubrir en ellas las "semillas del Verbo" con un verdadero discernimiento cristiano, ofreciéndoles el anuncio integral del Evangelio y evitando cualquier forma de sincretismo religioso (n. 138.6).

Dios actuaba en los pueblos que Colón encontró al llegar a América. Con la llegada del Evangelio,

Dios se escogió un nuevo pueblo entre los habitantes de estas tierras que, aunque desconocidos para el Viejo Mundo, eran bien "conocidos por Dios desde toda la eternidad y por El siempre abrazados con la paternidad que el Hijo ha revelado en la plenitud de los tiempos" (Juan Pablo II, Discurso Inaugural, 3) (n. 2).

La presencia creadora, providente y salvadora de Dios acompañaba ya la vida de estos pueblos. Las "semillas del Verbo", presentes en el hondo sentido religioso de las culturas precolombinas, esperaban el fecundo rocío del Espíritu (n. 17).

La purificación del pecado y la elevación de lo positivo de las culturas obrada por Jesús y su Espíritu hacen que la acción inculturadora de la Iglesia deba hacerse no sólo a la luz del misterio de la Navidad -como veíamos recién-, al hablar de la Encarnación del Verbo como fundamento de la inculturación-, sino también a la de los otros dos misterios centrales de nuestra fe, la Pascua y Pentecostés (n. 230.1).

Asoma en algunos pasajes una tercera componente del concepto de inculturación, referida al sujeto que la debe llevar a cabo.

Detengámonos primero en la identificación de este sujeto. Muy en general, se habla de los bautizados: "Por nuestra adhesión radical a Cristo en el bautismo nos hemos comprometido a procurar que la fe, plenamente anunciada, pensada y vivida, llegue a hacerse cultura" (n. 229.1).

Más en concreto, el sujeto de la inculturación es la Iglesia particular: "La tarea de inculturación de la fe es propia de las Iglesias particulares bajo la dirección de sus pastores, con la participación de todo el pueblo de Dios" (n. 230.2)¹⁶.

Esta tarea, como se dice a continuación del texto recién citado, ha de hacerse en "sintonía con las exigencias objetivas de la fe y la apertura a la comunión con la Iglesia universal" (frase que alude a Juan Pablo II, Redemptoris Missio, 54).

Un segundo aspecto tiene que ver con el modo de hacer el proceso de inculturación. Este debe hacerse en forma dialogal. Ya he citado el pasaje que habla del "desafío del diálogo entre el Evangelio y los distintos elementos que conforman nuestras culturas" (n. 22.4). Otras afirmaciones concordantes: "(La Nueva Evangelización) es el conjunto de medios, acciones y actitudes aptos para

¹⁶. Ver también n. 25.

colocar el Evangelio en diálogo activo con la modernidad y lo postmoderno, sea para interpelarlos, sea para dejarse interpelar por ellos" (n. 24.5).

"En particular creemos que la Universidad Católica a partir de la constitución apostólica "Ex Corde Ecclesiae" está llamada a una importante misión de diálogo entre el Evangelio y las culturas y de promoción humana en América Latina y el Caribe" (n. 276.2).

Concretamente, el diálogo implica adaptarse al interlocutor: "Urge aprender a hablar según la mentalidad y la cultura de los oyentes, de acuerdo a sus formas de comunicación y a los medios que están en uso" (n. 30)¹⁷.

En el contexto de la relación con las religiones no cristianas, "particularmente las indígenas y afroamericanas" (n. 137), los obispos dicen: "Para intensificar el diálogo interreligioso consideramos importante: Alentar un cambio de actitud de nuestra parte, dejando atrás prejuicios históricos, para crear un clima de confianza y cercanía" (n. 138.1).

Preguntémosnos para terminar: cuando la Iglesia evangeliza las culturas e incultura el Evangelio, ¿queda ella intocada o le pasa también algo? Los textos dan la impresión de que los obispos no se han planteado siquiera la pregunta. Sólo hablan de lo que le pasa a las culturas (son purificadas y elevadas y sus valores son discernidos a la luz del Evangelio, como hemos visto). Hay algunos textos muy dicentes de este silencio:

La inculturación del Evangelio es un proceso que supone reconocimiento de los valores evangélicos que se han mantenido más o menos puros en la actual cultura; y el reconocimiento de nuevos valores que coinciden con el mensaje de Cristo. Mediante la inculturación se busca que la sociedad descubra el carácter cristiano de estos valores, los aprecie y los mantenga como tales. Además, intenta la incorporación de valores evangélicos que están ausentes de la cultura, o porque se han oscurecido o porque han llegado a desaparecer (n. 230.2)

Esta inculturación es un proceso conducido desde el Evangelio hasta el interior de cada pueblo y comunidad con la mediación del lenguaje y de los símbolos comprensibles y apropiados a juicio de la Iglesia (n. 243.2).

A lo más, "Los auténticos valores culturales, discernidos y asumidos por la fe, son necesarios para encarnar en esa misma cultura el mensaje evangélico y la reflexión y la praxis de la Iglesia" (n. 229.2)

17. Curiosamente, esa frase quedó entre paréntesis en el texto de Santo Domingo.

Sólo un texto parece insinuar que al Evangelio -al menos a la fe- algo le pasa en la inculturación: "El proceso de inculturación abarca el anuncio, la asimilación y la re-expresión de la fe" (n. 256).

Otro texto, que cita literalmente una afirmación de Juan Pablo II en el n. 6 de su Discurso Inaugural, abre también la puerta: "La Nueva Evangelización tiene como punto de partida la certeza de que en Cristo hay una 'inescrutable riqueza' (Ef 3,8), que no agota ninguna cultura ni ninguna época, y a la cual podemos acudir siempre los hombres para enriquecernos" (n. 24.1).

Cada nueva inculturación, podríamos deducir, mostrará algún aspecto nuevo de esa riqueza inagotable, que enriquecerá a la Iglesia. Es lo que supone el texto siguiente:

Queremos acercarnos a los pueblos indígenas y afroamericanos, a fin de que el Evangelio encarnado en sus culturas manifieste toda su vitalidad y entren ellos en diálogo de comunión con las demás comunidades cristianas para mutuo enriquecimiento (n. 299).

Los medios para la inculturación del Evangelio

Recogiendo lo que se dice en forma bastante dispersa a lo largo de todo el documento de Santo Domingo, se puede reconstruir el siguiente cuadro referido a los medios con que cuenta la Iglesia para realizar su tarea de inculturar el Evangelio en las culturas de América.

Un primer grupo de medios son los constitutivos de la Iglesia misma; se trata de las funciones que la constituyen como Iglesia, de las que se mencionan dos, la profética y la sacerdotal.

En el ámbito de la función profética aparece indirectamente como medio de inculturación del Evangelio la formación doctrinal. Un texto que ya he citado en otro contexto afirma que "la falta de formación doctrinal y de profundidad en la vida de la fe hace (a) muchos católicos (...) incapaces de evangelizar (la cultura moderna) (n. 44).

Los obispos señalan como un desafío pastoral el que: "Entre nuestros mismos católicos el desconocimiento de la verdad sobre Jesucristo y de las verdades fundamentales de la fe es un hecho muy frecuente" (n. 39)¹⁸.

¹⁸. Por aquí asoma un tema que nos sacaría del ducto principal de este estudio, pero que me parece una de las novedades interesantes de Santo Domingo. Se trata de la afirmación de que destinatarios principales de la Nueva Evangelización han de ser aquellos bautizados que no han sido evangelizados (cf. nn. 97.2, 130, 131, 247.1, M 30).

También se menciona el aporte que puede hacer la teología:

Igualmente pertenece al ministerio profético de la Iglesia el servicio que los teólogos prestan al pueblo de Dios (cf. Juan Pablo II, Discurso Inaugural, 7). Su tarea, enraizada en la Palabra de Dios y cumplida en abierto diálogo con los pastores, en plena fidelidad al magisterio, es noble y necesaria. Su labor así cumplida puede contribuir a la inculturación de la fe y la evangelización de las culturas, como también a nutrir una teología que impulse la pastoral, que promueva la vida cristiana integral, hasta la búsqueda de la santidad. Una labor teológica así comprendida impulsa el trabajo en favor de la justicia social, los derechos humanos y la solidaridad con los más pobres (n. 33.4).

Cabe recoger aquí una de las líneas pastorales para la evangelización inculturada en medio de los hermanos indígenas: "Acompañar su reflexión teológica, respetando sus formulaciones culturales que les ayudan a dar razón de su fe y esperanza" (n. 248.5).

La función sacerdotal se desarrolla esencialmente en la liturgia. De ésta se dice:

Es especialmente por la liturgia como el Evangelio penetra en el corazón mismo de las culturas (...); el lenguaje de los signos es el mejor vehículo para que "el mensaje de Cristo penetre en las conciencias de las personas y (desde ahí) se proyecte en el 'ethos' de un pueblo, en sus actitudes vitales, en sus instituciones y en todas sus estructuras (Juan Pablo II, Discurso Inaugural, 20) (n. 35).

Entre las líneas pastorales frente a los desafíos de la cultura moderna se señala: "Cuidar los signos y el lenguaje cultural que señala la presencia cristiana y permite introducir la originalidad del mensaje evangélico en el corazón de las culturas, especialmente en el campo de la liturgia" (n. 254.3).

Y aunque no habla expresamente de evangelización de la cultura o de inculturación del Evangelio, cabe citar un último texto: "Es urgente darle al domingo, a los tiempos litúrgicos y a la celebración de la Liturgia de las Horas todo su sentido y su fuerza evangelizadora" (n. 51).

Una condición para que la liturgia sea medio de inculturación del Evangelio es que ella se realice inculturadamente, asumiendo la vida real de quienes la celebran. Hay que: "Desarrollar un estilo de celebración de la liturgia

que integre la vida de los hombres en una honda y respetuosa experiencia del insondable misterio divino de riqueza inefable" (n. 156.4).

Los obispos, sin embargo, constatan, con dolor que

No se atiende todavía al proceso de una sana inculturación de la liturgia; esto hace que las celebraciones sean aún, para muchos, algo ritualista y privado que no los hace conscientes de la presencia transformadora de Cristo y de su Espíritu ni se traduce en un compromiso solidario para la transformación del mundo (n. 43).

Por ello, hay que buscar, con todas las cautelas del caso, "la adopción de las formas, signos y acciones propias de las culturas de América Latina y el Caribe" (n. 53).

Y entre las líneas pastorales para una evangelización inculturada en medio de "nuestros hermanos indígenas", aparece la siguiente: "Promover una inculturación de la liturgia, acogiendo con aprecio sus símbolos, ritos y expresiones religiosas compatibles con el claro sentido de la fe, manteniendo el valor de los símbolos universales y en armonía con la disciplina general de la Iglesia" (n. 248.4).

Los otros medios que se mencionan son realizaciones menos directamente enraizadas en las funciones que constituyen a la Iglesia misma y que dependen más de la cultura; se trata de las instituciones católicas de educación y de los medios de comunicación social.

Sobre la educación católica se dice que ha de ser "adecuada a las diferentes culturas, en especial a las culturas indígenas y afroamericanas" (n. 270) (y que ha de crear) "nuevos lenguajes y símbolos que no reduzcan a nadie a la categoría de objeto, sino que rescaten el valor de cada uno como persona" (n. 109).

En el contexto de la evangelización inculturada, los obispos, afirman: "Buscaremos también impulsar una eficaz acción educativa" (n. 300).

Refiriéndose no ya a la educación católica sino a la que se da en la sociedad, un texto del Mensaje dice:

A los representantes del mundo de la cultura les alentamos a que intensifiquen sus esfuerzos en favor de la educación, que es llave maestra del futuro; alma del dinamismo social, derecho y deber de toda persona,

para sentar las bases de un auténtico humanismo integral (Juan Pablo II, Misa Faro a Colón, n. 7) (M 41).

Y en el contexto del nuevo orden económico, una de las líneas pastorales propone:

Educar en los valores de la laboriosidad y del compartir, de la honestidad y la austeridad, del sentido ético-religioso de la vida, para que desde la familia -primera escuela- se formen hombres nuevos para una sociedad más fraterna donde se viva la destinación universal de los bienes en contexto de desarrollo integral (n. 200.3)

Un sector de la educación católica lo constituye la Universidad Católica:

Un gran reto -dicen los obispos- es la Universidad católica y la Universidad de inspiración cristiana, ya que su papel es especialmente el de realizar un proyecto cristiano de hombre y, por tanto, tiene que estar en diálogo vivo, continuo y progresivo con el Humanismo y con la cultura técnica, de manera que sepa enseñar la auténtica Sabiduría cristiana en la que el modelo del "hombre trabajador" aunado con el del "hombre sabio", culmine en Jesucristo. Sólo así podrá apuntar soluciones para los complejos problemas no resueltos de la cultura emergente y las nuevas estructuraciones sociales, como la dignidad de la persona humana, los derechos inviolables de la vida, la libertad religiosa, la familia como primer espacio para el compromiso social, la solidaridad en sus distintos niveles, el compromiso propio de una sociedad democrática, la compleja problemática económico-social, el fenómeno de las sectas, la velocidad del cambio cultural (n. 268).

Junto a la educación, el otro medio señalado frecuentemente son los actuales medios de comunicación social. Los obispos, por un lado, se proponen

Vigilar para que los medios de comunicación social ni manipulen si sean manipulados al transmitir, bajo pretexto de pluralismo, lo que destruye al pueblo latinoamericano. Fortalecer la unidad de la familia y su influjo en la formación de la conciencia moral (n. 238).

Por otro lado, más creativo, los obispos quieren

Apoyar e impulsar los esfuerzos de cuantos con el uso de los medios defienden la identidad cultural, asumiendo el desafío del encuentro con realidades nuevas y distintas y procurando se dé lugar a un diálogo auténtico. Articular la comunicación masiva con la comunitaria y grupal.

Hacer el esfuerzo para tener medios propios y en lo posible una productora de Video al servicio de América Latina y el Caribe (n. 281).

Ayudar a discernir y orientar las políticas y estrategias de la comunicación, que deben encaminarse a crear condiciones para el encuentro entre las personas, para la vigencia de una auténtica y responsable libertad de expresión, para fomentar los valores culturales propios y para buscar la integración latinoamericana (n. 282).

Y terminan señalando: "Al mismo tiempo es necesario un plan de educación orientado tanto a la percepción crítica, especialmente en los hogares, como a la capacidad de utilizar activa y creativamente los medios y su lenguaje, utilizando los símbolos culturales de nuestro pueblo" (n. 284).

A mitad de camino entre las funciones imprescindibles de la Iglesia y estos medios que la cultura pone a su disposición, se sitúa un último medio mencionado en el texto de Santo Domingo, la religiosidad popular.

Un texto un tanto críptico aparece como última línea pastoral para una Evangelización inculturada "con nuestros hermanos afroamericanos" (n. 249): "Desarrollar la conciencia del mestizaje, no sólo racial sino cultural, que caracteriza a grandes mayorías en muchos de nuestros pueblos, pues está vinculado con la inculturación del Evangelio" (n. 250).

Este texto se ilumina al vincularlo con los que hablan de religiosidad popular. La mayoría los he citado ya¹⁹. No he encontrado en el texto de Santo Domingo la afirmación que hacía Puebla sobre la religiosidad popular, vista en ese Documento como un medio importante de la evangelización de la cultura o de la inculturación del Evangelio²⁰. Lo más cercano son los pasajes que dicen que "la religiosidad popular es una expresión privilegiada de la inculturación de la fe" (n. 36) o una "forma inculturada del catolicismo" (n. 247.1). Los restantes textos, más bien, tienden a poner en guardia contra las carencias de la religión del pueblo. Así, por ejemplo, el que acabo de citar, que continúa diciendo: "Coexisten, sin embargo, el incumplimiento de deberes cristianos al lado de admirables ejemplos de vida cristiana y un desconocimiento de la doctrina junto a vivencias católicas enraizadas en los principios del Evangelio" (n. 247.1).

En esta misma línea:

19. En la segunda parte del párrafo "América Latina, continente de cultura mestiza, de raíz cristiana"; son los números 36, 53, 247.1 y 2, y 250.

20. DP 396: la religiosidad popular es una "fuerza activamente evangelizadora"; n. 450: es una "forma activa con la cual el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo".

Si los pastores no nos empeñamos a fondo en acompañar las expresiones de nuestra religiosidad popular purificándolas y abriéndolas a nuevas situaciones, el secularismo se impondrá más fuertemente en nuestro pueblo latinoamericano y será más difícil la inculturación del Evangelio (n. 53)

Frecuentemente la religiosidad popular, a pesar de sus inmensos valores, no está purificada de elementos ajenos a la auténtica fe cristiana ni lleva siempre a la adhesión personal a Cristo muerto y resucitado (n. 39).

Reflexión crítica a manera de conclusión

La propuesta cultural que he sistematizado en este capítulo, aunque tiene indudables aspectos positivos -como se desprende de la presentación hecha-, deja también, como el diagnóstico, insatisfecho. Tres son las principales causas de mi insatisfacción.

La primera es que el texto no se preocupa mucho de esbozar una propuesta para la cultura. A mi entender, esa casi total ausencia proviene, por una parte, de esa carencia de teoría de la cultura que hacía ver al final del capítulo anterior; por otra, de que la mirada de los obispos se dirige en Santo Domingo más hacia la propia Iglesia que hacia el mundo, en contraste con la constitución *Gaudium et Spes* del Vaticano II. De ahí que el primer plano, cuando se trata de la cultura, esté dominado por la preocupación de evangelizar las culturas y de inculturar el Evangelio (tarea de la Iglesia) más que por el interés de contribuir a una cultura que humanice más plenamente a nuestros pueblos (tarea de todos, creyentes y no creyentes).

Mi segunda insatisfacción radica en la identificación que hace el texto de Santo Domingo de la evangelización de la cultura con la inculturación del Evangelio. Con esa identificación se pierde, en efecto, la posibilidad -que era la que abría el concepto de inculturación en la teología de la misión- de reconocer que en el proceso de evangelización, en el que la Iglesia es protagonista y da (fundamentalmente el Evangelio), también los que reciben el Evangelio son protagonistas y la Iglesia recibe de ellos. Porque cada nueva inculturación bien lograda, es "inagotable riqueza de Cristo" (que, como hemos visto, Santo Domingo reconoce citando al Papa Juan Pablo II). Muestra aspectos nuevos del Evangelio que hasta ahora la Iglesia no conocía.

Mi tercera insatisfacción surge del hecho de que cuando se trata de los medios para la inculturación del Evangelio sólo aparecen los institucionales, sean las funciones eclesiales (profética y sacerdotal), sean instituciones culturales como la educación y los medios de comunicación social. Pero no

aparecen las comunidades eclesiales de base ni los grupos de los movimientos apostólicos que, a mi juicio, son intermediarios muy adecuados entre el Evangelio y las culturas.

A las comunidades eclesiales de base se les reconoce, es verdad, un papel en la búsqueda de una nueva sociedad fundada en la Civilización del Amor; son, incluso, "un punto de partida válido" para esa nueva sociedad (n. 61.3, que cita a Juan Pablo II, *Redemptoris Missio*, 51). ¿Por qué no también para una nueva cultura solidaria y de la vida?

Es posible que un texto como el siguiente, situado en el párrafo que habla sobre la ciudad, en la sección sobre la nueva cultura, apunte implícitamente en la dirección que estoy proponiendo; se trata de una línea pastoral, que consiste en: "Multiplicar las pequeñas comunidades, los grupos y movimientos eclesiales, y las comunidades eclesiales de base. Iniciar la llamada "pastoral de los edificios", mediante la acción de laicos comprometidos que vivan en ellos" (n. 259)²¹.

En definitiva, mis insatisfacciones con el Documento proceden de mi percepción -que puede estar errada- de que, en el texto de Santo Domingo, pareciera primar una visión de la Iglesia más centrada en ella misma que en el mundo al que hay que servir.

²¹. Por aquí asoma otros de los temas de Santo Domingo que son novedosos y pueden estar cargados de futuro, el del protagonismo laical en la Iglesia (tratado expresamente en 97.1, 103. 293.1, 302.2 y 303.3). De nuevo, un tema que nos lleva más allá de los límites de este estudio.